



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

# LA INICIACIÓN DE UN HOMBRE: 1917 JOHN DOS PASSOS

Traducción de Elena Sánchez Zwickel



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2014  
TÍTULO ORIGINAL: *One Man's Initiation: 1917*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación,  
Cultura y Deporte.



© de la traducción, Elena Sánchez Zwickel, 2014

© Errata naturae editores, 2014

C/ Río Uruguay 7, bajo C

28018 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-15217-62-6

DEPÓSITO LEGAL: M-36331-2013

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada

para Inmedia (Cáceres)

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

En memoria de aquellos junto a quienes vi cohetes en el cielo,  
en el camino entre Erize-la-Petite y Erize-la-Grande,  
en aquel crepúsculo a principios de agosto, en el verano de 1917.

En el enorme cobertizo del muelle, atestado de cestos y maletas, dividido por pasarelas de madera que conducen hasta los buques que hay a ambos lados, una banda de música interpreta una chillona melodía hawaiana; la gente baila entre las pilas de cajas y baúles. Diseminados entre el gentío se ven uniformes color caqui, y numerosos jóvenes ríen y charlan en grupo con voces exaltadas por la emoción. A la luz pardusca del muelle, repleto de hileras de cajas amarillas, barriles y sacos, invadido por el barullo de las grúas, entre las que serpentea la sencilla melodía hawaiana, hay una gran profusión de vestidos alegres, sombreros femeninos de brillante colorido y pañuelos blancos.

La estruendosa reverberación de la sirena del buque ahoga cualquier otro sonido.

Cuando se acaba, el alboroto de las despedidas se eleva, chillón. Los pañuelos blancos se agitan a la luz pardusca del cobertizo. Las amarras rechinan en las poleas cuando se izan las pasarelas.

En el embarcadero, nuevo revoloteo de pañuelos blancos, vítores y trajes alegres. En el edificio del muelle se despliega exultante una bandera contra el azul del cielo de la tarde.

Amarillo-rosáceos y púrpura-amarillentos, los edificios de Nueva York se aglutinan formando una pirámide que se eleva por encima de oscuras manchas de humo que flotan en el agua, unida a tierra por medio de las negruzcas curvas de los puentes.

Con la fresca brisa del puerto de vez en cuando llega una ráfaga salada del mar.

Martin Howe está de pie en la popa, que tiembla con el vibrante impulso de la hélice. Un chico que se encuentra junto a él se gira y le pregunta con voz trémula:

—¿Es tu primera travesía a Europa?

—Sí... ¿También la tuya?

—Sí... Jamás se me ocurrió pensar que a los diecinueve años estaría cruzando el Atlántico para ir a una guerra en Francia. —El muchacho se detiene bruscamente y se sonroja; luego, tragando saliva, añade—: Debe de ser la hora del almuerzo.

*¡Dios ampare al káiser Bill!*

*El vie-e-ejo Tío Sam*

*tiene la caballería,*

*tiene la infantería,*

*tiene la artillería;*

*¡Y así, voto a Dios, iremos todos a Alemania!*

*¡Dios ampare al káiser Bill!*

En la sala de fumar, las cubiertas de hierro están completamente cerradas para impedir que asome luz alguna. El humo del tabaco y el olor a cerveza y champaña espesan el ambiente. En una esquina, unos hombres sin chaqueta están jugando al póquer. Todas las sillas se encuentran ocupadas por jóvenes sentados con las piernas extendidas, y que siguen el compás con los pies y dan golpes a las mesas con los puños hasta que las botellas bailan.

*¡Dios ampare al káiser Bill!*

El cielo y el mar son de un gris irisado. Martin está echado en la cubierta de proa del buque, junto a un libro cerrado. Jamás se había sentido tan feliz. El futuro no significa nada para él, el pasado no significa nada para él. Su vida entera parece eclipsada por la grisácea languidez de las aguas, por el suave oleaje en torno a la proa del barco, que surca el ancho océano en dirección al Este. La tibia humedad de la corriente del Golfo le empapa la ropa, y su pelo se aglutina en rizados mechones que le caen sobre la frente. Alrededor del barco hay varias marsopas

brincando perezosamente por encima del oleaje y unos peces voladores que se deslizan de una ondulación a otra, mientras la proa se iza y se hunde suavemente al compás de las olas que rompen contra el casco.

Martin se ha quedado dormido. Como a través de infinitas brumas grisáceas, reflexiona acerca de los intensos odios y los desesperados anhelos de su vida. Ahora parece que ha pasado la página y que ante sus ojos se extiende una nueva, limpia y en blanco. Por fin han sucedido cosas.

Y muy débilmente, como música que se escucha a través del agua al atardecer, confundiéndose en extrañas armonías, sus antiguas consignas rondan con ligereza en su mente. Como la roja llama del crepúsculo prendiendo fuego a irisados cielo y mar, la vieja exaltación, la vieja llama que consumiría todas las mentiras del mundo hasta reducirlas a cenizas, el trompetazo bajo el que se desplomarían las murallas de Jericó, se agita y anida en las entrañas de su oscura languidez. La proa se iza y se hunde suavemente, al ondulante compás de las olas que rompen contra el casco, mientras el vapor surca el anchuroso mar de la corriente del Golfo, en dirección al Este.

—¿Ves a ese tipo, a ése con el sombrero de paja? Anoche perdió quinientos dólares jugando a los dados.

—Eso sí que son apuestas.

Es casi de noche. Cielo y mar resplandecen envueltos en un tono rosado, oscurecidos en un frío verde-azulado por el Oeste. En un extremo de la cubierta varios hombres se agolpan en torno a uno que agita los dados con un extraño temblor nervioso, hasta lanzarlos rodando por cubierta con un chasquido de los dedos.

—Ha salido el siete.

Desde el salón de fumar llega un sonido de canciones y vasos golpeados contra las mesas.

*Nos dirigimos al espectáculo de Hamburgo  
para ver al elefante y al salvaje canguro.*

*Nos mantendremos unidos*

*con buen o mal tiempo,*

*pues vamos a ver el maldito espectáculo de Hamburgo.*

Un joven está sentado en el canapé haciendo tintinear el hielo en su vaso de whisky con soda, mientras dice:

—No pueden hacer nada contra el nuevo gas... Te corroe los pulmones como si estuviesen podridos dentro de un cadáver. En los hospitales se limitan a sujetar a los pobres diablos contra una pared y dejar que mueran. Dicen que su piel se vuelve verde y que tardan de cinco a siete días en morir, cinco o siete días asfixiándose lentamente.

—¡Oh!, pero a mí me parece espléndido —dijo ella esbozando una sonrisa y mostrando una dentadura blanca y regular, como las de la vitrina de un dentista— que viajen hasta allí para ayudar a Francia.

—Tal vez lo hagamos sólo por curiosidad —murmuró Martin.

—¡Oh, no...! Es usted demasiado modesto... Lo que quise decir es que me parece espléndido que hayan comprendido lo que está en juego... Ése es mi parecer. Le dije a papá que yo tenía que venir a aportar mi granito de arena, como dicen los ingleses.

—¿Qué va usted a hacer?

—Algo en París. No sé exactamente qué, pero le aseguro que será algo de provecho. —Le sonrió de manera provocativa—. De haber nacido hombre, ya me habría echado el fusil al hombro el primer día; vaya que sí.

—Pero entonces lo que estaba en juego apenas si... estaba definido —se aventuró a decir Martin.

—No era necesario que lo estuviese. Odio a esos salvajes. Siempre he sentido odio por los alemanes, su lengua, su país, todo lo que se refiere a ellos. Y ahora que han cometido tantas barbaridades...

—Me pregunto si será todo verdad...

—¡Verdad! Por supuesto que todo es verdad, y mucho más que no han podido publicar, porque a la gente le da vergüenza contarlo.

—Han ido bastante lejos —repuso Martin soltando una carcajada.

—Si después de la guerra queda alguno, debería ser cloroformizado... Y, la verdad, no creo que sea patriótico ni caritativo tomarse las atrocidades tan a la ligera... Pero, la verdad, debe disculparme si le parezco tosca; me excito y sulfuro tanto cuando pienso en esas cosas tan terribles... Me sacan de quicio: estoy convencida de que, en el fondo, a usted le ocurre lo mismo... Cualquiera con sangre en las venas se sentiría igual.

—Sólo que yo dudo...

—¡Pues con eso les hace el juego a ellos...! ¡Oh, Dios mío! Sólo de pensarlo me salgo de mis casillas. —Se llevó la pequeña mano enguantada a su sonrosada mejilla con un gesto de horror y se acomodó en la silla de cubierta—. La verdad, no debería hablar de ello. Cuando lo hago, pierdo el control. Los odio tanto que me pongo enferma... ¡Los muy canallas! ¡Los muy hunos! Déjeme que le cuente una historia... Sé que hará que le hierva la sangre. Además, es completamente auténtica. Antes de abandonar Nueva York la escuché de labios de una chica que, la verdad, es la mejor amiga que tengo en el mundo. A ella se la

contó una amiga suya que la había oído de labios de una pequeña muchacha belga, pobrecita, que estaba en aquellos días en el convento... ¡Oh!, no sé por qué se toman tantas molestias en hacerlos prisioneros; yo los mataría a todos como si fuesen perros rabiosos.

—¿Qué historia es ésta?

—¡Oh!, no puedo contarla. Me afecta demasiado... No, qué tontería; tengo que empezar a enfrentarme a la realidad... Cuando los alemanes se apoderaron de Brujas, los ulanos irrumpieron precisamente en ese convento... Pero creo que fue en Lovaina, no en Brujas... Tengo una memoria terrible para los nombres... Bueno, atacaron el convento y se llevaron a todas esas desdichadas e indefensas muchachas...

—Está sonando la campana de la cena.

—¡Oh, sí, así es! He de ir corriendo a cambiarme. Tendré que contárselo más tarde...

Con los ojos semicerrados, Martin observó el revuelo del vestido y los tacones de los diminutos y pulcros zapatos blancos bajando airoso por cubierta.

De nuevo la sala de fumar. Tintineo de vasos y charla en tono confidencial. Dos hombres conversaban mientras bebían.

—Me han dicho que París es toda una ciudad.

—Antes de la guerra, era el sitio más inmoral del mundo. Allí hay casas donde... —bajó el tono de su voz hasta reducirlo a un murmullo. Y el otro estalló en estrepitosas carcajadas.

—Pero la guerra ha puesto fin a todo eso. Me han dicho que los franceses se han regenerado positivamente.

—Dicen que la escasez de comida es algo terrible, que es imposible conseguir comida decente. Hasta comen carne de caballo.

—¿Oíste lo que decían esos tipos acerca del nuevo gas? Parece espantoso, ¿verdad? Las balas me traen sin cuidado, pero eso me pone los pelos de punta... Las balas me importan un comino, pero ese gas...

—Por eso muchos disparan a sus amigos cuando éstos han aspirado las emanaciones del gas...

—¡Eh!, vosotros dos, ¿qué os parece si echamos una partida de póquer?

Saltó el tapón de una botella de champaña.

—¡Caramba, no me lo tiréis encima!

—¿Adónde vamos, muchachos?

*Nos dirigimos al espectáculo de Hamburgo  
para ver al elefante y al salvaje canguro.*

*Nos mantendremos unidos*

*con buen o mal tiempo,*

*pues vamos a ver el maldito espectáculo de Hamburgo.*



Antes de irse a acostar, Martin había visto los faros titilando en la entrada de la Gironda y se había llenado los pulmones con el viento fresco y perfumado, de un modo indescriptible, que provenía de tierra. El sonido de las clamorosas sirenas de los remolcadores le había despertado. Oyó ruido de pisadas por encima de su cabeza. En sus oídos resonó el estridente plañido de una grúa y el grito gutural de unos hombres izando algo al unísono.

A través de su portilla, en el todavía pálido amanecer, vio las rojizas aguas de un río sobre el cual flotaban barcas de vela pintadas de negro, así como algunos vapores de un diseño desconocido para él. Aspiró otra vez el nuevo e indefinido aroma procedente de tierra.

Una vez en cubierta, envuelto en la brisa fresca, en la pálida luz, contempló una hilera de viviendas situadas más allá de los bajos edificios del muelle, viejas casas grises de cuatro plantas con tejas en los tejados, y adornadas con intrincados balcones de hierro,